

PRÓLOGO

«Valoro de la esencia de la Poesía que sea, según la naturaleza de los espíritus, o de valor nulo o de importancia infinitas: lo que la asimila al mismo Dios.»

Paul Valéry

1. ¿Cuál sería el tiempo de estos versos? Ociosa es la pregunta: sería sus movimientos. Pero -y continúa así este discurso-, ¿qué tiempo / movimiento tiene en sí la Poesía? Perplejos, diríamos: Poesía no es cosa del Tiempo...: Está más allá, -aún cuando aceptamos, también, la observación, profunda y necesaria, del gran maestro poético del sumo silencio insinuado en unos puntos suspensivos, cerrando un contenido, emocionado poema: «donde está *su* tierra...», esto es, don Antonio Machado, así llenando su poema (¡tan central en nuestra lírica del XX!) de Leonor yacente, un año ha, en su tumba-, mucho más allá de todo tiempo posible y movimiento. Mas, ¿hay aquí implícita alguna paradoja? ¿Afirmamos a la vez que $a=a$ y $a\neq a$? En absoluto: estamos abordando un mismo paisaje interior, -que eso es un poemario-, desde distintas atalayas.

Veamos: Poesía es sin Tiempo, y a la vez, es «Palabra en el Tiempo...» Pero véase bien esto: que Poesía no es sólo cuestión de palabras, siendo, no obstante, las palabras un preciso vehículo de cuanto podemos llamar, aún, «poema»...

Lo que Manuel Jiménez Friaza nos regala en su *Hada, Hurí, Esfinge* es no poco: un decálogo poético sumamente condensado en unos breves, intensísimos textos, o poemas, que, todos juntos -son diez-, son un sólo y único *Textum*, un sólo y único «Poema».

Articula el autor un modo de cosmovisión plasmada en forma poética -versos juntos haciéndose poemas que, al ir siendo leídos, nos calan y no cesan de bailar, en nuestro interior mirar ese paisaje del alma, hasta que devienen unidad poemática, que vislumbramos como sólo un *Textum*...-, en «versos radiales», todos nacidos de un único y aprehendido sentir / decir, disuelto en «La-Cosa-Poema», que, a su vez está como centrado en un triple eje: *el mundo de las palabras*, (que, proteicamente, son o van siendo ya «aves del paraíso», ya «murciélagos», ya un más allá del nombre de las cosas, y sobre todo ello, como en sobrevuelo, ese «...ominoso silencio»), *el mundo del amor*, (que es a un tiempo sueño y acción, sudor y aroma, danza-trance y pensamiento sentido en la propia encarnadura del que escribe, del que lee también...), y *el mundo del hogar, la casa del hombre*.

Están ubicados esos tres ejes, en exacta proporción, en esa forma única de *Logos* (conjugado en «la-cosa-poema») *Poético* que constituye, como ocurre siempre en todo cuando es honda y veraz Poesía, o que se instituye como *Templum*.

2. Porque ese es el sentido último que vemos en todo gran poema, ya sea el *Cantar de los Cantares*, ya *La voz a ti debida*, ya este des-velamiento magistral del alma del hombre (volcado, no hacia un «yo», sino hacia un «tú» siempre «oculto», velándose al re-velarse, y que es la *Amada* o, si se prefiere, la rememoración de la contemplación / posesión de la *Amada*...) que Manuel Jiménez Friaza, en acertado instinto denominador, «nombrador», ha llamado *Hada, Hurí, Esfinge*. Sentido último -y así completamos el pensamiento iniciado ahí arriba- que consiste en hacerse algo, por la «magia» del Arte, *Templum*, esto es, espacio sagrado...

Reflexionemos ahora sobre el significado de esto que se acaba de decir, y confiemos en que se nos excuse por la -quizá- inoportuna dosis de erudición que ponemos en las cosas del lenguaje.

El término *templum*, latino, remite a la raíz indoeuropea TEM- = «cortar, acotar». Tal raíz, que en griego da vocablos como anatomía, dicotomía, etc., con sus respectivos sufijos, en latín, con el sufijo pospuesto (ana-, dico-, griegos, son pre-fijos) -lo, da TEM-LO, de donde *templum*, con valor de «espacio acotado para observar el cielo», en su sentido cabal. Como tal observación era contemplación (de ahí el valor «sacro» de «contemplar»...) de lo divino (: el cielo), todo *templum* era «espacio sagrado» y, como tal, «sin tiempo»; es un vocablo concebido «sub specie aeternitatis» .

Sabido esto, todo el poemario de Manuel Jiménez Friaza crea, es, *templum*.

Visto así, sus simbolizaciones, ya sean las del lenguaje en sí, (palabras: «aves del paraíso», «murciélagos...» etc.), ya sean las del hacer / sentir del hombre («...reciennazco», «espío...», «busco...»), ya las que indican esa naturaleza in-decible del mutuo «afán tú-yo», en búsqueda nunca acabada, sino en un «ominoso silencio», -que tanto significa...-, son simbolizaciones que «revelan» (id est, «descubren») y «doble-velan» (id est, re-(vuelven a) velan (ocultar) al sumo misterio: la mujer. Ahí está la raíz múltiple del título (*Hada, Hurí, Esfinge*), y ahí está el sentido a-temporal del «textum» poético, tal como nosotros lo entendemos.

En Manuel Jiménez Friaza las palabras y su empleo poético no son una pasión sin causa: son la última linde donde la pasión se expresa... ¿Qué «musa» tocó su alma? ¿Qué «música»? Llegados aquí, nada digamos.

Concluyendo:

Razones, no: intuición sacra, velo a punto, casi, de tacto humano... Lo que dice, des-vela. Y revela lo que simboliza...; esto es, de nuevo oculta. Y, al decir simbolizante, ¿dónde lo encajamos?

Ahí: en esa linde interior, personalísima, de cada lector, de cada autor, de cada vivenciado texto que nos toca -dejando intacto, como por magia sagrada, el velo- en el centro del alma, que se *entea*; ensimismándose no: «en-ella-mismándose»..., siendo «Ella» lo eterno femenino que al hombre dimensiona desde el ser hasta la nada... Los versos haciéndose «la-cosa-poema» de M. J. Friaza son en su totalidad un único *Textum* -lo repetimos de nuevo: es axial verlo así- instalado en un creado espacio que se acota, por obra y magia del lenguaje, en *Templum*... Pero: ¿es que tiene posible tiempo lo que se torna *templum*? No lo tiene, no. Está más allá, incluso, de lo significado diciendo: es el otro lado (siempre fuera del alcance de la mortal mirada) de todo horizonte. Por eso, para ser «espíritu» con naturaleza que haga a la Poesía «infinita» -siguiendo a P. Valéry- es preciso «entrarse en la lectura» de esta obra axial de Manuel Jiménez Friaza «entrañándose» uno con su decir simbolizante que hace, de su *Textum*, un «Puente del Lógos» hacia lo indecible humano: justo lo que nos asemeja a Dios.

Y es así como entendemos, entrecruzados, la valoración, arriba citada, -de la poesía-, que dijo P. Valéry, y el «Poema aunado» de Manuel Jiménez Friaza.

Se parte aquí de una especie de principio, un a modo de axioma, que envuelve de lleno todo cuanto tiene que ver con la actividad humana del decir / nombrar en general, y del crear / poetizar en particular. Y es éste: la actividad poética del ser humano es una *para-demiurgia*. Sólo desde esa perspectiva pueden tener cabal sentido tanto lo que leemos en la cita inicial de Paul Valéry, cuanto lo que decimos de *Hada, Hurí, Esfinge*, de Manuel Jiménez Friaza. Dicho punto de partida, o principio subyacente, en nuestro breve discurso preliminar, no va a ser razonado ni justificado *hic et nunc*, pues es otra nuestra finalidad en estas breves reflexiones introductorias a un *Textum* que no por breve deja de ser axial en la obra total (poética) del autor de *Hada, Hurí, Esfinge*. No olvidar ese «a modo de axioma» es ahora cuestión capital

El propio autor, cuando llega al poema 10 -la numeración la ponemos nosotros; él no numera textos, sino sólo páginas; pero cada página es un texto, y todos los textos, los diez, son el *textum*- se nos muestra ordenando, reordenando, poniendo, buscando, moldeando su casa -el lenguaje es la casa del hombre, también- y moviéndose por ella («...andar descalzo») en su originaria pureza de la suma desnudez, y todo porque:

«...es que busco
midiendo en sílabas extrañas,
el poema que no encuentro,
ése
que no habla sólo
del nombre de las cosas».

Así se entra el autor en el propio texto: tal un demiurgo capaz de cambiar de sitio las ventanas, esto es, abrir nuevos cauces de percepción, nuevas vías a la luz de fuera -y también, abrirse a ese afuera, rompiendo en mil pedazos la monada leibnizeana...- y siendo, al cabo, un facedor de su propia morada: he ahí el don de la nombradía, diríase, vertido en su singular poema de aparente sencillez, casi desnudez retórica, pero «vestido de abisal hondura perspectiva», como quien se zambulle en el mar del ser desde el estricto acantilado del estar.

Con mínimos medios, M.J.F se auto-trasciende en su decir total, que engavilla todo un día eterno, exento de tiempo, en diez pasos bien asentados en una textura impar: la búsqueda del principio orientador que sostiene el mundo de todo hombre: la Amada hecha silencio luego de exhaustivo jadeo copulante del poeta con su lengua y su búsqueda nunca inútil del velo final de su «tú-en-Ella»...

Difícil, muy difícil superar este gran poema que es *Hada Hurí, Esfinge*. Si sólo esta obra quedare publicada de este «poeta del nombrar originario», ningún crítico ni lector, ningún otro poeta podría dejar de ver en tan sólo diez breves textos un *textum* totalizador, una Obra ya del todo hecha destilación creadora: Poesía en su esencial pureza, plena de poros, de salobre sudor entrañado, de hálito creador.

Aquí, quien este prefacio o prólogo escribe, saluda, en M.J.F., a un ya maduro poeta del decir consumado.

Manuel Laza Zerón